

rios y profesionales, siguiendo en cierto modo la tónica que había marcado la primera agrupación.

La distribución de los masones de obediencia francesa por organismos, indicaba, según apuntábamos antes, una cierta macrocefalia: de 45 (si excluimos a un ausente) sólo 18 (un 40%) no superaban los grados simbólicos, y nutrían la logia; 13 (casi un 29%) ostentaban grados capitulares y por lo tanto pertenecían también al Capítulo Rosa Cruz; 7 estaban en posesión de grados filosóficos y eran miembros natos del Consejo de Caballeros Kadosch, y el mismo número alcanzaban los grados sublimes, necesarios para formar parte del Consistorio.

Hasta finales de 1837 la vida de estos diversos organismos masónicos había sido relativamente tranquila, ya que crecieron y pudieron reunirse sin grandes sobresaltos. Pero, desde 1838, la situación va a cambiar. Tras el gobierno del tolerante mariscal Francisco Moreda Prieto, su sucesor en el cargo Miguel López Baños se verá sorprendido por una intentona militar, al parecer de carácter independentista, instigada por algunos destacados civiles —Andrés y Juan Vizcarrondo, Buenaventura Valentín Quiñones...—. Abortado a tiempo el conato rebelde, por una delación, se abrió causa en julio de 1838 a los principales implicados y se tomaron más estrictas medidas para salvaguardar el orden público, que van a afectar a los grupos masónicos.

Ya en 1838 se reunió la logia *Restauración de la Verdad* con la ausencia de sus tres primeras dignidades, el venerable y los dos vigilantes, y se hizo constar que el taller no había celebrado las preceptivas elecciones en diciembre del año anterior debido a «los temores del Hermano Medrano fundados en la opinión de algunas personas, entre las cuales masones respetables». Desde el mes de septiembre López Medrano no había aparecido por la logia, «a pesar de los deseos repetidos, por carta y a viva voz, de la mayoría de los miembros, amantes y celosos masones, que no comprendían los pretendidos obstáculos a sus inocentes y virtuosos trabajos». En ausencia de los dirigentes del taller, ocupó la presidencia Simón D. Mezes y se procedió a celebrar las elecciones. La veneratura recayó, por mayoría absoluta, en el irlandés Sampson Clark Russell, de 34 años, negociante, ex-cónsul americano, que ostentaba el grado 32 de la Orden.

Poco después se recibía en el Capítulo Rosa Cruz una carta de López Medrano, en la que éste presentaba su dimisión en todos los organismos masónicos «por motivos políticos». Una comisión enviada para hacerle desistir de su propósito no había tenido éxito por lo que los miembros del Capítulo expresaban «la pena que les causaba la separación de este Hermano», fundada, según se decía en el acta, «en temores anticipados».

Por las causas antedichas, también se retrasaron las elecciones en el Capítulo Rosa Cruz, que debían haber tenido lugar en enero; se celebraron el 1º de junio, y obtuvo asimismo la mayoría absoluta en ellas, para el puesto de «muy sabio», el irlandés Russell. En la misma reunión, y a propuesta de éste, se acordó expulsar del Capítulo

a dos de sus miembros que no asistían nunca a las reuniones: el sacerdote Manuel García Cazuela y el propietario puertorriqueño Rafael Mangual, ambos con el grado 32.

En junio de 1838 los dos organismos informaron por separado al GOF, aunque los cargos principales coincidían, de los acontecimientos recientes ocurridos. La logia se disculpaba por el retraso de las elecciones, perdonable, decía, «vistos los elementos de la sociedad en general en este país, en relación con nuestra institución». Se pasaba después a exponer la forma de actuar del taller, que no tenía nada que ver con la política, aunque todavía existían desconfianzas y reticencias, fuera y dentro de la logia:

Incluso entre los mismos masones —se decía—, exceptuados siempre los de nuestros talleres, que acostumbraban a trabajar la Masonería política, los hay que no pueden convencerse que unos hombre se ocupen constantemente de las virtudes, de la beneficencia, y de la mejora de sus semejantes. Había alguno de ellos de nuestra Logia que pensaban así, pero que se han convencido de sus errores y cuya crudeza de carácter ha cedido ante nuestras lecciones. Hay todavía algunos entre los de nuestros cuadros, pues ningún acuerdo de la Logia hasta el presente ha autorizado suprimir sus nombres, que se hacen los indiferentes o que no quieren comprender el fin de nuestros trabajos.

Por último los dirigentes de la logia daban cuenta también de la baja de los Medrano, padre e hijo, y de dos miembros más, del fallecimiento del querido hermano Dieu-donné, y se quejaban de la lejanía de la metrópoli que hacía que no se recibiesen consignas o papeles emanados de la Orden. Las contribuciones y gastos de patentes por exaltaciones de grado correspondientes a 1837 y 1838 eran enviados a través del negociante Víctor Courchets, en el Havre, que tenía instrucciones para hacerlos llegar también a ellos la correspondencia de Francia.

El informe de los dirigentes del Capítulo al GOF era más escueto. Se limitaba a consignar que «la tolerancia hacia nosotros en este país no es todavía completamente manifiesta, motivo que nos impide ser exactos en el envío de nuestros cuadros, pero esperamos que ese día se acerque».

El cuadro de miembros de la logia que se conserva, de abril de 1838, todavía no acusa las deserciones que comenzaron a producirse en los meses posteriores. Incluso refleja un ligero incremento de efectivos, pasando de 46 a 49 los masones inscritos, si bien dos estaban ausentes en Europa y tres con permiso de la logia. Las solicitudes al GOF de exaltación de grados de miembros del Consistorio siguieron cursándose también a buen ritmo; algunas patentes expedidas al respecto por el Supremo Consejo no llegarán a Puerto Rico hasta principios de 1840, cuando ya los talleres habían cesado, de nuevo, en su actividad.

Efectivamente, desde mediados de 1838, los organismos masónicos puertorriqueños de obediencia francesa iniciaron un nuevo período de silencio que va a durar hasta principios de 1841, casi tres años.

En marzo de 1841, el Consistorio masónico puertorriqueño reanudó sus comunicaciones con el GOF, comenzando la que hemos denominado antes «tercera época» —una corta época, por otra parte, ya que abarca sólo unos meses de ese año, no sabemos

si porque se ha perdido la documentación posterior o porque los organismos masónicos que tratamos «abatieron columnas» definitivamente.

Al excusarse ante el Gran Oriente por el largo intervalo de silencio, los dirigentes del Consistorio expusieron, como motivo del mismo, «un acontecimiento del año 1838, que nos obligó por prudencia a no reunirnos más»; desconocemos si se trataba del conato de rebelión militar al que aludíamos más arriba. Más explícita era la carta de la logia, escrita un par de meses después, aunque tampoco concretaba demasiado:

Hace ya tres años —decía— que hemos estado privados de dirigirnos al Senado Masónico, pues por prudencia suspendimos nuestros trabajos casi inmediatamente después de nuestro último envío de Cuadro (9-3-38), y no los hemos reanudado hasta muy recientemente. Un acontecimiento político fue la causa de ello, no porque el gobierno nos indicase suspenderlos, sino porque malévolos y amigos del desorden trabajaban solapadamente para inculpar a nuestra logia, de la que ellos conocían demasiado bien la fuente, la regularidad y la pureza de sus principios.

Parecía deducirse, pues, del escrito que habían sido cuestiones internas de la logia o rivalidades con otros grupos, más que las circunstancias políticas externas, las causantes de la inactividad del taller.

En cualquier caso un feliz acontecimiento político va a alegrar sobremanera a los masones de Puerto Rico, y fue causa, quizá, del resurgir de sus talleres: el nombramiento como gobernador de la isla del general Santiago Méndez Vigo, convencido liberal, y considerado por la masonería como uno de sus hombres. Uno de los miembros del Consistorio, audazmente, se dio a conocer él como masón, y tras preguntarle el general por los fines del grupo, le dio seguridades de que no se opondría a sus reuniones, siempre y cuando lo hiciesen con «otros fines que los políticos». El Consistorio anunciaba al Gran Oriente su intención de visitar al gobernador —«sin saber si el Sr. Méndez Vigo es masón o no»— «para agradecerle oficialmente, en nombre de la Orden, la general aunque pasiva protección» de que gozaban.

Después de la larga inactividad masónica, algunos ex-miembros del Consistorio no volvieron a reanudar trabajos y, en consecuencia, este organismo se encontraba sin el número suficiente de afiliados para poder reunirse. Se pidió al GOF, pues, también al principio, la exaltación de varios hermanos a los grados 31 y 32 para poder completar el cuadro. Uno de los más destacados individuos de la etapa anterior, Simón D. Mezes —«padre de la masonería en este Oriente»—, había fallecido, y al comunicar la noticia se apostillaba, a modo de epitafio: «Su memoria durará mientras exista uno entre nosotros que haya recibido sus sabias lecciones».

La logia, según cuadro enviado a París, junto con otros documentos, dinero y algunas peticiones, a través de uno de sus miembros —el negociante Méndez Monsanto—, también había disminuido sus efectivos, pasando de 49 a 34 hermanos. Como Venerable de la misma seguía figurando Sampson C. Russell.

El Gran Oriente, en su respuesta a los talleres puertorriqueños, les felicitaba por la nueva actividad emprendida, pero les llamaba también la atención por algunas irre-